

no dimana tan sólo del interés de los hechos relatados, sino también y en gran parte, de la incomparable belleza del estilo, que en no pocos capítulos de este libro brilla y se ostenta. El gran siglo XVII, edad de oro de las letras peninsulares, no se cernió en vano sobre esta tierra americana; su potente soplo hízose sentir hasta en este apartado rincón de los dominios de Castilla; y, animándolo todo, en la Metrópoli y sus colonias, desde los palacios, donde los reyes y los nobles pulsaban la lira y cultivaban las letras, hasta los conventos, donde los monjes se hacían historiadores y hablistas, y hasta los campamentos militares, donde los soldados, trocados en poetas y novelistas, producían obras maestras: dejó marcado su paso por la historia con el esplendor infinito de un sol radiante y victorioso. Tal es la lengua que habla el P. Tello en numerosas partes de su *Crónica*, como, por ejemplo, en el capítulo XC, destinado á ensalzar los hechos y el valor de los españoles, y en los CXVIII y CXIX, en que relata el cerco de Guadalajara y derrota de los indios, los cuales capítulos pueden ser considerados como modelo en su género, y joyas literarias de precio inestimable. Cierto que á las veces decae el estilo y debilitase la magia de la narración; pero también lo es que este es achaque de casi todas las historias, pues no hay ninguna tan grandilocuente y homogénea, que no contenga trozos de fatigosa lectura, fruto ora del cansancio del escritor, ora de los diferentes estados de su ánimo, ó bien de la ingratitud y pesadez de no pocos asuntos. Conviene advertir asimismo, que el manuscrito que hoy se imprime, parece ser obra de diferentes amanuenses, los cuales, si bien habilísimos como tales, presentan síntomas de haber sido personas de poco criterio y escasá instrucción, tanto por la pésima ortografía de que hacen uso, como por el absoluto desconocimiento de la lengua latina, que dan á conocer en las citas que la obra contiene y que no pudieron copiar fielmente. Merecen, per lo mismo, indulgencia las faltas y deficiencias que en el texto se adviertan, por ser

patente que de muchas de ellas no es responsable el historiador.

El manuscrito contiene dolorosas lagunas, y ciertamente, en tan singular forma, que cuesta trabajo explicárlas. Porque el libro está completo y corrida la numeración de sus páginas; sólo que de tiempo en tiempo hay varias de estas en blanco, y después de ellas, continúa el texto como si no existieran esas lagunas. Es opinión del distinguido bibliófilo Dr. D. Nicolás León, propietario del manuscrito, que el mismo Fr. Antonio Tello borró parte de su historia después de compuesta, con el propósito de cambiar el relato en algunos de sus pasajes, y que el copista dejó en claro los trozos tachados, calculando que el espacio en blanco fuese igual al antes escrito, á fin de que el autor llenase aquellos vacíos cuando pudiese ó quisiese, sin desfigurar el volumen. No habiendo llegado el caso de que se colmasen esas lagunas, quedó el libro en tal estado.

Paréceme verosímil la explicación. Con todo, sin tratar de combatirla, pudiera apelarse á otra igualmente razonable. Muerto el P. Tello, es posible que los superiores de la Orden Franciscana hayan reprobado estos ó aquellos pasajes de la historia, y los hayan suprimido, sin llenarlos con alguna nueva versión, de suerte que, al ser entregado el original al copista, no haya podido hacer otra cosa más que dejar esos mismos huecos en el traslado.

Como quiera que sea, afortunadamente se ha salvado la mayor parte de la obra, pues los vacíos á que aludo, no formarían juntos ni la décima parte de la *Crónica*; de suerte que, por deplorables que sean, no deben obscurecer en modo alguno, el júbilo natural producido por el hallazgo de la obra, ni amenguar en lo más mínimo la capital importancia de la publicación.

Debió componerse la *Crónica Miscelanea* proyectada por el P. Tello, de tres partes ó libros. El primero, según las noticias que se tienen, parece haber sido consagrado á tratar del origen, religión, usos y costum-

bres de todas ó la mayor parte de las naciones indígenas que poblaban la tierra que fué conocida con el nombre de Nueva España; el segundo, que es el que hoy se publica, fué consagrado á la conquista espiritual y temporal de la Nueva Galicia; el tercero debió contener las biografías de los misioneros franciscanos que evangelizaron á los tzacatecas, caxcanes, tecuexes, corras y huicholes de esta parte de la colonia.

El libro primero, escrito y terminado, está perdido fatalmente, con sus tesoros de erudición y de tradiciones indígenas, sin que se tenga la más leve noticia de su paradero. ¡Ojalá parezca algún día y sea dado á la estampa, y arroje nueva luz sobre los tiempos prehistóricos de nuestras comarcas!

El libro segundo, que es este, no pudo ser concluido por su autor. Ignórase por qué causa, al concluir el capítulo CCLXXVI, termina lo escrito por el padre Tello. Desde allí hasta la conclusión de la obra, que no es camino muy largo, débese el relato á la pluma del P. Fr. Jaime de Rieza Gutiérrez, según lo dice una nota marginal del manuscrito.

El libro tercero existe completo; pero ni es composición del P. Tello, ni tiene un interés general de tal naturaleza, que nos haya parecido conveniente publicarlo. El erudito, el bibliófilo, el sacerdote podrían encontrar en él gran fondo de noticias que les causarían inmenso deleite; acaso no produjera la misma impresión en el ánimo de lectores que no perteneciesen á alguna de esas categorías.

La escuela que sigue el P. Tello es la benemérita de Fray Bartolomé de las Casas. Con aquella afección, con aquella veracidad y noble entereza con que el gran Obispo de Chiapa defiende la causa de la justicia y clama contra la iniquidad, contra el abuso de la fuerza y contra la barbarie; con ellas mismas nuestro autor anatematiza la ferocidad de los conquistadores.

les echa en rostro sus crueldades, y toma bajo su patrocinio á los pobres indios desposeídos, esclavizados y diezmados. Tiene á este propósito, capítulos bellísimos, de entonación viril y majestuosa, de estilo nervioso é indignado, que harían por sí solos la gloria de un escritor de aquellos tiempos. Al pasar los ojos por esas valientes páginas, experimentase la profunda impresión que produce en el alma todo lo sublime, porque sublime es, en efecto, y en grado altísimo, ver al fraile pobre, descalzo, inerme, sin más defensa que un Crucifijo, ponerse frente á frente de los guerreros cubiertos de acero, que empuñan lanzas y espadas, que pasan á cuchillo tribus enteras, que ante nada se detienen ni nada respetan, llamándolos sin miedo ni embozo, perversos y criminales, y recordándoles que hay una justicia soberana que á todos alcanza, y que caerá sobre ellos algún día en castigo de sus delitos.

Fiel á las tradiciones de la religión franciscana, pónese el P. Tello resueltamente de parte de los indígenas, abraza su causa con entusiasmo, y trueña contra el abuso y la iniquidad sin ninguna contemplación; ¿qué necesidad tenía él de dejar gratos á los conquistadores callando ó desfigurando la verdad? Había renunciado al mundo, no anhelaba poder ni riquezas; sino sólo cantar las victorias ganadas por el Evangelio y predicar la paz y la justicia. Por eso en los tiempos que alcanzó, próximos á la conquista, no temió clamar muy alto en favor de los oprimidos, y fulminar los rayos de su indignación contra los opresores.

Resalta la alteza de sus propósitos en cien partes diversas de su obra. ¿Qué voz más elocuente que la suya cuando se eleva contra la esclavitud, contra la marca, contra los asesinatos proditorios verificados en los indios subyugados? Sobre nada de esto guarda reserva, como otros historiadores lo practican. No es hábil ni político, ni lisonjero; sino veraz, honrado y amante de la justicia. Mota Padilla apunta apenas el asesinato del rey de Michoacán, Caltzontzin, realizado por Nuño de Guzmán en los instantes mismos de co-

menzar la expedición de la Nueva Galicia, á manera de prólogo sangriento de las horribles tragedias de Xocotlán y el Nayarit, en las que fué el corifeo, ó, por decirlo mejor, el verdugo; no lo hace así ciertamente el doctor franciscano, sino que, al tocar este punto, relátale con toda claridad, sin omitir las circunstancias agravantes del hecho, ni callar las consideraciones condenatorias á que naturalmente se presta. Llama á ante el tribunal de la historia así á Nuño de Guzmán, como á otros conquistadores, sin perdonar á ninguno, incluso Juan de Oñate, hermano del capitán Cristóbal de Oñate, héroe de su preilección en el relato de los hechos de la conquista; y haciéndoles los cargos que merecen, condénalos sin misericordia, pronuncia en su contra la inexorable sentencia y entrega sus nombres á la execración de las edades.

Su enérgico lenguaje no sólo fué osado para su tiempo, sino también para algunos años más tarde, según lo manifiesta con irrefragable evidencia el mismo manuscrito, lleno de notas y apostillas marginales, en que se procuran refutar los altos juicios y rectísimas sentencias del autor. Es inconcuso que, años después de escrita la *Crónica*, pareció demasíadamente atrevida en varios de sus conceptos á no pocos lectores de la Provincia, acaso á los mismos superiores, y se tuvo por conveniente desvirtuarlos por medio de glosas consignadas al lado mismo del texto, á manera de triaca benéfica aplicada juntamente con el tósigo. Esas observaciones han venido á formar con el tiempo, el mayor elogio que pudiera tributarse al escritor, independiente y veraz, que no se dejó subyugar por sujeción de ningún género, ni por el odio, ni por el amor, ni por el miedo, pasiones que con tanta facilidad se apoderan de la voluntad hasta de los más esforzados. Ser censurado por verídico, y contradicho por defensor de la justicia, títulos son á la gloria más alta que puede alcanzarse con la pluma en la mano, escribiendo la historia. Suprimense en este libro las referidas apostillas,

tanto porque no forman parte de la obra, como porque son de tan escasa importancia literaria, de tan pobre criterio histórico, que no valen la pena de darlas á conocer del público. Quédense en la sombra de lo ignorado, de donde no deben salir nunca, esas pobres reflexiones, fruto de la preocupación y de la estrechez de los espíritus, y existan sólo y dése á conocer su consignación en el manuscrito, para que resalte con mayor esplendor el mérito del insigne historiógrafo, que dió motivo á ellas por las verdades que dijo, juicios que emitió y fallos rectísimos que pronunció contra los violadores de la naturaleza y de los derechos humanos. Nada ganarían los lectores con imponerse de su contenido; pero si gana, y mucho, el historiador, con que se sepa que fueron escritas. Conózcase su existencia, que es como el claro obscuro del cuadro donde se destaca la noble figura del franciscano; y no fatigue su lectura á quienes, lejos de la ceguera de otras épocas, tienen formado ya su criterio respecto á esos puntos, tiempo há fallados por el tribunal de la conciencia humana.

Podría creerse acaso, que fuera inútil el conocimiento de esta historia, cuando se saben de corra las escritas con posterioridad sobre el mismo asunto, por el Lic. de la Mota Padilla y el P. Frejes, que consignaron y resumieron en ellas, los mismos hechos que el P. Tello relata. No sería cuerdo, sin embargo, decirlo, como lo persuaden fácilmente algunas consideraciones. Cada historiador se forma un plan determinado al escribir su narración, y aprovecha de preferencia al trazarlo, todo cuanto conviene á su propósito, haciendo á un lado resueltamente, ó bien débilmente apuntando, lo que no encaja en el cuadro que se ha propuesto formar. Esta reflexión del Sr. García Icazbalceta, es de una exactitud subyugadora. Si no fuera porque temo desviarme del objeto único de este prólogo, que es el de dar una ligera idea de la historia y

del historiador, procuraría demostrar con algunas breves consideraciones, cómo es cierto que la formación de ese plan y la elección de los elementos que deben contribuir á realizarle, son producto de la misma naturaleza intelectual humana, que tiene puntos de vista variados, conforme á la idiosincracia de cada persona; y que en sus obras se revela forzosamente conforme á su lucidez, cultura, creencias y prejuicios. El temperamento del historiador, su estado, la posición que ocupa en la sociedad, son causas que influyen de un modo decisivo en su manera de ver las cosas, y en la disposición que da al cuadro artístico de su historia; y no es preciso ser falsario ni hacerse reo de soborno para manifestarse optimista ó pesimista en la narración escrita de los hechos. El hombre dotado de nervios y sujeto á la impresión del mundo exterior, se afecta de tal ó cual modo, según su estructura y el medio ambiente en que vive. Sería insensato hacerle cargos por ello.

Si fuera preciso demostrar este aserto, bastaría me presentar á la consideración de los lectores, el ejemplo del historiador Mota Padilla. Este insigne jalisciense, que tantos bienes hizo á varias ciudades de la Nueva Galicia, y desempeñó tantos y tan honrosos cargos, no dió lugar en su historia al cumplido relato de las iniquidades realizadas por los españoles en tiempo de la conquista. La razón de ello fácilmente se alcanza, supuesto que su historia fué escrita expresamente para el rey de España, en tiempos en que el autor desempeñaba en Guadalajara los empleos de alguacil mayor del Santo Oficio y fiscal de la Real Audiencia. No se hallaba por tanto, el Lic. Mota en las mejores condiciones apetecibles para decir toda la verdad, ni siquiera para comprenderla, no sólo por las ligas que tenía con el gobierno colonial, sino también, y principalmente, por la calidad de la persona á quien su obra iba dirigida. Así se explica que haya indicado, apenas en su relato, ciertos hechos gravísimos, pues, si hubiese en ellos insistido, hubiera incurrido en el doble

riesgo de desagradar al soberano y de minar el pedestal de su situación. No es esto decir que Mota sea un historiador corrompido, pues hartas pruebas se conocen de la bondad é hidalguía de su persona; sino sólo que, por las circunstancias especiales en que se hallaba al escribir, no pudo sentirse movido á ser un tanto más explícito en algunos pasajes importantes de su narración.

El P. Tello, por el contrario, desligado del mundo por sus votos, y escribiendo su *Crónica*, antes que todo, para perpetua memoria de los hechos de los franciscanos, é instrucción de su Provincia, pudo disponer, y dispuso en efecto, de toda la independencia necesaria para juzgar de las cosas y de los hombres, sin experimentar el influjo de un medio favorable á la lenidad ó al silencio.

Pero no sólo desde este punto de vista merece llamar la atención la presente obra, sino en general, por otras muchas noticias que contiene acerca de antecedentes de todo género relativos á estas comarcas. Sirva de ejemplo la que consigna tocante á la laguna de la Magdalena. El silencio de los otros historiadores acerca de este punto, había hecho creer á la generalidad, que ese depósito de aguas se había acumulado después de la conquista, y aun los mismos habitantes de los contornos, asignaban á su formación una fecha reciente. El P. Tello destruye el error, consignando expresamente en sus páginas, que el lago estaba ya formado cuando la expedición de Nuño de Guzmán.

Al tenor de este, sería me fácil citar otros muchos asuntos en que enuncia ó aclara el autor, puntos de verdadero interés, ora arqueológicos, ora geográficos, ora meramente históricos, particularmente en lo que se refiere á los hechos anteriores ó coetáneos á la llegada de los españoles, como lo confirma el relato de la expedición de Don Francisco Cortés de San Buenaventura.

Cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se considere esta historia, tiene que ser profundamente estimada por los hombres sensatos, pues la adoman

méritos relevantes, y si no carece de defectos, es porque no hay obra humana que no los tenga, y porque es fruto de un tiempo en que las luces del viejo mundo apenas comenzaban á alborear en nuestro territorio. Para ser justos, debemos ver este libro á través de todas esas circunstancias, y así contemplado qué hermoso parece cuán amplio en sus miras, cuán recto y veraz en su narración, cuán culto y grandilocuente en su lenguaje!

Los fragmentos de esta historia publicados por el Sr. García Icazbalceta (1), difieren notablemente del texto que hoy se da á luz. Para probarlo, bastará hacer un ligero cotejo de una y otra versión, en lo que se refiere al relato de los mismos hechos.

La del Sr. García Icazbalceta comienza del modo siguiente:

La del Sr. García Icazbalceta comienza del modo siguiente:
CAPITULO VIII.
De la conquista de la Nueva Galicia, de la otra banda del Río Grande de Guadalajara.

“Ya queda dicho en el capítulo antecedente, como desde Cuitzeo envió Don Nuño de Guzmán al capitán Don Pedro Alméndez Chirinos, y desde Tonalá al capitán Don Cristóbal de Oñate, para que cada cual por su rumbo conquistase toda la tierra que había poblada á la parte del Norte; y como desempeñaron también sus nobles personas, que en breve tiempo, y sin pérdida de su gente ni de la de la tierra, rindieron innumerables indios á la obediencia del rey de España. El capitán Chirinos desde Cuitzeo, se encaminó para Zapotlán del Rey; de allí al de Juan de Zaldivar ó Zapotlanejo, al valle de Acatic y Tepatitlán, que eran provincias dis-

(1) Colección de documentos para la historia de México, tomo 2.º. Fragmentos de una historia de la Nueva Galicia escrita hacia 1650 por el P. Fray Antonio Tello de la Orden de San Francisco.

tintas, hasta el de Cerro Gordo, y en todas tomó posesión pacífica, y fué muy bien recibido y regalado de los indios. Llegó á Comanja, y de allí á los Chichimequillos, donde hoy está la villa de Lagos, pero en todo esto, ni en Cerro Gordo había pueblo formado, sino solamente muchísimas rancherías de indios, unos de la provincia de Zacatecas, y otros que se llamaban huamares, los cuales no sembraban ni hacían pié en parte alguna, sino que dormían en donde les cogía la noche, andaban totalmente desnudos y comían raíces y las carnes de venado, conejo y aves que cazaban; en todas partes no hizo el capitán más que tomar testimonio de haber llegado hasta allí, de donde partió para Zacatecas, y por todo el camino salían innumerables indios salvajes, y les daban la carne que cazaban.

He aquí el pasaje correspondiente del presente libro:

“CAPITULO XXXVIII.
En que se trata cómo Pedro Alméndez Chirinos fué enviado desde Cuitzeo á descubrir tierras, y por donde fué y lo que le aconteció hasta llegar á Itzcuintlan.

“Luego que el capitán Nuño de Guzmán concluyó la guerra con los indios de Cuitzeo, como queda dicho, envió al capitán Pedro Alméndez Chirinos hacia la parte del Norte, para que viese y supiese si la derrota primera que llevaban cuando salieron de México era cierta y verdadera, y si hallaba alguna noticia de las Amazonas, para lo cual le dió cincuenta españoles, de á caballo y treinta de á pié, y quinientos indios mexicanos y tlaxcaltecas. Salió del río de Cuitzeo Chirinos, y de allí fué á Tzapotlán del Rey, al valle de Acatic y á Tzapotlán de Juan de Zaldivar, grandes cabeceras, y á Tecpatitlán, hasta el cerro Gordo, donde había mucha gente huamares, de nación tzacatecos, en ranchos. Fuese arimando á Comanja y á los Chichimequillos, que es lo que ahora se llama Los Lagos, donde había